

ángeles y Dios; pues no vengan ángeles, que ya han probado que no pueden con la carga; venga el mismo Dios, que aunque caiga por la muerte de lo humano que tomó, se podrá levantar con lo divino que tiene; y así, fué menester que el Hijo de Dios viniese al mundo y tomase nuestros pecados sobre sus espaldas y llevase nuestra carga. Y esto quiso decir el Señor cuando dijo: «No ha enviado Dios á su Hijo para que condene al mundo, sino para que por él se salve el mundo, pagando y tomando á costas su pecado.» Esto es lo que nos pronosticó aquella hazaña de Abraham, cuando, llevando á sacrificar á su hijo Isaac, clara figura del Hijo de Dios, le cargó la leña á costas, y el hijo, cargado así con ella, la subió al monte donde había de ser degollado. Donde hay muchas cosas que considerar. La una, que al mandalle Dios que le sacrifique su hijo, dice que es de noche, por mostrar las tinieblas del pecado en que estaba sepultado el mundo, y que para alumbrallas era menester el sacrificio de nuestro verdadero Isaac, Cristo; y así, le sacrificó de día, porque fué la luz de aquellas tinieblas y la verdad y el cuerpo de aquella sombra. Dícele mas: «Toma á tu hijo unigénito que amas, Isaac.» Y no quiere Dios que tenga mas de aquel, para que aun en esto nos represente al Hijo de Dios, que es unigénito del Padre eterno. Dice mas la Escritura santa, que el padre mismo puso la leña sobre las espaldas de Isaac, porque Dios puso en las de su Hijo todos nuestros pecados. Y á este hecho del gran patriarca aludió el profeta Isaías, diciendo: «El fué herido por nuestras maldades, y fué quebrantado y molido por nuestros pecados.» Todos nosotros éramos como ovejas, y el Señor puso en él las maldades de todos nosotros. Usó del mismo término Isaías que allá en el Génesis, porque dice: «Tomó Abraham la leña del sacrificio y púsola sobre Isaac;» y aquí dice el Profeta: «Tomó Dios los pecados de todos los hombres, que son la leña que quemó, esto es, que mató á Cristo; y así decimos que nuestros pecados le mataron, y púsolos sobre su Hijo.» Y á esto de Isaac y al dicho de Isaías aludió san Pedro, hablando á este mismo propósito: «Cristo (dice) tomó todos nuestros pecados y cargóselos á costas, y subióse con ellos en una cruz para matallos y despeñallos allí abajo.» De manera que fué artificio divino, que viendo que los hombres no podían mas con la carga, tómalas el Padre y cargóselas á su Hijo. Como cuando hacen leña los leñadores, y tienen una acémila de carga allí, que los haces de leña que han hecho los toman á costas, y porque ellos no los podían traer tanto trecho, cárganlos sobre la acémila, y ella los trae á casa todos juntos. Así hizo Dios, que llegó Adán con su hacecillo de pecados, y dícele: «Señor, en verdad que yo no puedo mas, por eso tomadme esta carga;» y tómalas el Padre y arrójala sobre las espaldas de su Hijo. Viene Abel con su carguilla, y hace otro tanto. Llegó Abraham, David, Moisés, Aarón con su becerro, Salomón con su idolatría, su padre con su adulterio y homicidio, María, la hermana de Moisés, con su murmuración; y al fin, llegan todos los

hombres con sus hacecillos de pecados, cual mas, cual menos; tómalos el Padre todos y cárgalos sobre aquellas fortísimas espaldas de su Hijo, como quien carga una bestia; y era tanta la carga, que le hacia gemir, y le hizo arrodillar y reventar con ella y morir en una cruz; aunque, como bravo elefante, se tornó á levantar en su resurrección. No ofenda á nadie el haber comparado aquí á nuestro Redentor á bestia cargada, porque él mismo hizo la comparación por David, diciendo: *Ut jumentum factus sum apud te: et ego semper tecum. Tenuisti manum dexteram meam: et in voluntate tua deducisti me;* Sirvió mi humanidad en vuestra presencia de bestia de carga, dice el Hijo al Padre, porque le cargastes á costas cuantos pecados tenían los hombres, y yo lo pagué por todos. Llevábademe vos de la mano, como quien guía del cabestro una bestia cargada, porque no tropiece con la carga; y yo, Señor, seguía tras vuestra voluntad. Sabiendo esto el real profeta David, dijo en persona del Redentor: *Supra dorsum meum fabricaverunt peccatores: prolongaverunt iniquitatem suam.* Sobre mis cerviceras fabricaron los pecadores sus maldades, esto es, las cargaron como en quien había de pagar por ellas. Bien sé que este verso se puede interpretar de la persecución que los judíos hicieron á Cristo hasta quitarle la vida; y también de la Iglesia católica, que ha sido siempre perseguida de los malos; pero muy bien cabe el sentido que le habemos dado. Este tomar Cristo nuestros pecados sobre sus espaldas, nos lo dijo san Pablo en extremo bien: *Vetus homo noster simul crucifixus est, ut destruat corpus peccati, et ultra non serviamus peccato.* Abrazóse Cristo (dice el Apóstol) con nuestro hombre viejo, con el viejo Adán, con el hombre exterior, con el cuerpo de pecado, con nuestras pasiones y deseos; que todos estos nombres y muchos mas le da san Pablo al hombre que heredamos de nuestro Adán terrenal; y dió con él en una cruz, para alancearle en ella y destruíle y quitalle la vida; porque, muerto ya nuestro cuerpo de pecados, que son un monton que hacen cuerpo, como á muchos soldados juntos llamamos *corpo de batalla*, ya no sirvamos al pecado ni seamos sus esclavos; y aunque sea *miscere sacra prophetis*, que suelen decir, quiero traer aquí una historia que viene muy á pelo. Cuenta Valerio Máximo, en el tercer libro, que habiéndose alzado con el reino de Persia ciertos tiranos, que llamaban los *magos*, conjuráronse algunos de los nobles de matallós y poner en libertad la tierra. Uno de los conjurados fué un caballero llamado Gobrias, valerosísimo persiano. Entrando pues una noche en palacio á matar los tiranos, acaeció que, echando mano á las espadas contra ellos, y poniéndose los magos en defensa, Gobrias se abrazó con uno de ellos, y andando así á los brazos, forcejando cada uno por derribar á su contrario, entrambos vinieron al suelo en un lugar oscuro. Fué tan buena la ventura de Gobrias, que pudo coger á su enemigo debajo; mas el mago, viéndose en peligro de muerte, apretó de tal suerte á Gobrias, que no le dió lugar de

aprovecharse de la daga. Acudió á aquella parte uno de los caballeros conjurados, y dudando de herir al mago por no matar á su compañero Gobrias, por la gran oscuridad del lugar adonde estaban, él le dió voces diciendo: «¿Qué dudáis de libertar nuestra patria? Pasad la espada por mi cuerpo á trueque de que este tirano muera.» El otro caballero, oyendo esto, tiró una estocada, y fué Gobrias tan venturoso, que sin daño suyo murió el mago con ella. Pocas cosas topáremos en las historias que vengan mas á pelo para lo que vamos tratando, que esta, ni que mejor nos declare el lugar de san Pablo. Habíase alzado con el hombre el pecado y tenía tiranizado; quiere el Hijo de Dios ponerle en libertad, y abrázase con él, que es el «hombre viejo» que llama san Pablo; y andando á los brazos, dan entrambos en una cruz, y *vetus homo noster simul crucifixus est cum eo.* El Padre no las ha con el Hijo, sino con el pecado; dale voces el Hijo, y dice: *Corpus adaptasti mihi, tunc dixi, Ecce venio.* Ya, Señor, me distes cuerpo con que pueda pagar; pues veisme aquí que vengo á eso. Pasad la espada por mi cuerpo á trueque de que destruat corpus peccati; que el cuerpo del pecado muera y se acabe este tirano. Hácelo así el Padre, y muere el viejo Adán y queda libre Cristo, porque *Inter mortuos liber*, que dijo David; Es libre entre los muertos. Esto mismo nos dijo Isaías, aunque por otro lenguaje y con otra metáfora: *Et faciet Dominus exercituum omnibus populis in monte hoc convivium pinguium medullatorum, convivium vindemiae defecatae: et praecipitabit in monte isto faciem vinculi colligati super omnes populos: et praecipitabit mortem in sempiternum.* Este lugar es divino para nuestro propósito, y también le traeremos para cuando habláremos del admirable y suavisimo sacramento del cuerpo y sangre de Cristo, en su Tratado. Dice pues el Profeta: «Hará el Señor en este monte (que fué en el Calvario) un convite á todas las gentes y á todos los pueblos, porque por todos murió.» Será la comida y el vino riquísimo y cual conviene para tal mesa. Porque serán los que se darán á la mesa manjares gruesos, sustancialísimos, de grandísimo nutrimento, serán cañas de vaca; que parece que hizo alusión el Redentor á este convite, y en especial á esta palabra, cuando dijo por san Mateo que «un rey casó á su hijo y hizo un famoso banquete, y enviando á llamar á los convidados, mandó á los pajes que les dijese: Señores, ya la comida está á punto, las vacas están muertas, y las cañas en los pasteles reales, los capones cebados, y las demás aves gordas están de sazón, y la comida aguarda en la mesa y el Rey mi señor os espera; por eso no es razon de hacerle detener.» Hablaba el Señor en esta parábola de la encarnación suya y de su muerte, y de la rica comida que les había aparejado á los judíos con sus méritos y sangre; y siendo ellos los convidados, no quisieron venir. Dice pues nuestro profeta: «Allí sobre el monte hará el banquete, donde dará su cuerpo sacrificado por comida, y su sangre derramada por los hombres y ofrecida al Padre en bebida.»

E. XVI-1.

Vino sin heces, vino fortísimo, vino nuevo, de quien dijo él mismo: «Nadie echa el vino nuevo en cueros viejos;» esto es, en corazones envejecidos en vicios y pecados, cuales eran los de los judíos, hechos vino viejo y flojo de la ley de Moisés, que la llamaba el Apóstol «enferma y flaca», vino de flacos estómagos; mas el vino que en esta comida nos da, es nuevo, fuerte de vigor, para buenos estómagos, sin madre, sin heces, apurado; al fin es la sangre de Dios, la gracia y sus méritos. Dice que «será convite general», porque á todo el mundo convida el Señor con el mérito de su pasión. Y de suyo bastante fué para todo el mundo y aun para otros mil que hubiera; culpa es de los malos que no quieren ir á las bodas, como los otros convidados. «Despeñará (dice) sobre este monte el lazo enredado;» que, declarándose mas, dice luego: «Despeñará la muerte para siempre.» Llámase *lazo*, y aun «muy bien atado», mas malo de deshacer que el de Gordio, que cortó Alejandro, cuando dijo el «tanto monta»; porque todos estábamos enredados y enlazados en la muerte, como dijo David: *Quis est homo, qui vivet, et non videbit mortem?* ¿Qué hombre entró jamás en el mundo y pisó alguna vez la tierra, que se escapase de las uñas de la muerte? Pues este lazo, esta obligación que tenían el demonio y la muerte sobre nosotros, rompió el Señor y la borró en la cruz, que es el triunfo que dice san Pablo á los colosenses: «Y siendo vosotros muertos en vuestros pecados,» os convivió Dios con Cristo, haciéndoos donacion y dejándoos de balde todos vuestros delitos, «cancelando la carta de obligación que contra vosotros tenían el demonio y la muerte,» por aquel antiguo decreto que se dió en el paraíso, del *in qua hora comederis, morte morieris*, que fué sentencia de muerte; y arrancóle del registro y original del proceso, y pególo y enclavólo en la cruz. Pues á esto se subió el Hijo de Dios en una cruz, y esta es la hazaña que hizo, y para esto tomó nuestros pecados, para que, subido en lo alto, los despeñase de allí abajo. Esta teología le había asombrado Dios á David, y tuvo como un relámpago de ella allá, después de su pecado. Cuenta la Escritura que, habiendo David quedádose en Jerusalem un verano, estándose paseando una siesta por un corredor, vió á Bersabé que se bañaba en una solana á otra parte, quizá bien descuidada de que el Rey la miraba. Parecióle bien á David, y sin mas reparar en ello, envióle un recado y mandó que se la trajesen; que ya no está en mas el no tener vos mujer que en acertar á parecer bien al rey ó al grande. Así, cuando entró el buen Abraham en Egipto, dice el Génesis, capítulo 12, que la vieron los señores de la corte y alabáronla delante del rey Faraon, y en volandillas se la llevaron á palacio; «que al rey su voluntad le es ley,» y lo que le da gusto, esto se hace, y todos procuran agradalle, aunque sea á costa de la honra de Dios. Guste el rey, que todo lo demás poco importa á su parecer. Otro tanto hizo Abimelech, rey de Gerara, con el mismo Abraham, y le tomó á Sara, como se cuenta á los veinte capítulos del Génesis; y porque ya este caso

está tan predicado, que hasta los niños le saben, no me detengo á contalle. Digo pues, en suma, que, habiendo hecho matar al buen Urías, y después de haber parido un hijo Bersabé, David se estaba aun en su sueño, hasta que Dios envió al profeta Natán para que le despertase. Al fin, siempre nuestro Dios y Señor, que es el primero, nos acude y llama; y en esto se verá el daño que hace el pecado, pues á un tan gran amigo de Dios, y tan cuidadoso y recatado, le hizo olvidarse tantos días y meses. Llegando pues el Profeta, y descubriendo y alegrando la llaga vieja, medio infistolada, pónese una venda delante de los ojos, porque no le espantase ni alborotase el hierro del cirujano; porque las reprehensiones de los reyes y grandes, para que les hagan provecho y no los empeoren, es menester que vayan con gran tiento y muy arrebozadas, so pena que, no solo no curarán, mas se volverán contra los médicos que los curan. El buen profeta usó de tal máscara, que, no entendiendo David el lazo, dió de piés en él y sentenció contra sí; como lo hizo el Señor con los fariseos en la parábola de la viña, que les propuso, del padre de familias que la arrendó á unos malos villanos, y no solo no le pagaron el fruto, mas aun maltrataron á los criados que le fueron á cobrar y al hijo que envió. Preguntóles el Señor: ¿Qué hará el dueño de la heredad á tales arrendadores? Respondieron los fariseos, bien ajenos de la celada: *Malos malé perdet, etc.*; Señor, á los malos tratillos ha mal y destruillos ha, y arrendará su viña á otra mejor gente, que le paguen su tributo á sus tiempos, como es debido y es razon le acudan con él. Quitó Cristo la máscara entonces y dijo: «Pues así hará mi Padre con vosotros, que por malos os destruirá y quitará el templo y sacrificios, etc.» Así hizo aquí Natán con el Rey. Dice el Rey: «Vive Dios que quien al pobre le quita su oveja, que le ha de pagar muchas por ella.» ¡Ah David! que vos sois este que matastes á Urías, quitástele la mujer y tenéis escandalizado el pueblo. Cae el Rey en la cuenta de su pecado y dice: «Pecado he; yo lo conozco, y me confieso por pecador.» En ese mismo punto dícele el Profeta: «Pues el Señor ha traspasado tu pecado; pero tu hijo lo pagará, que ha de morir, y tú quedarás libre.» Hé aquí lo que buscábamos. Peca David, perdónale Dios. No dice que borra el pecado ni que le rae ni le quita del todo, sino que le pasa de una parte á otra. Como si le dijera: Bien veo que no son tus fuerzas para sustentar un pecado tan grave y pesado como el que tú hiciste, y que son menester otras mas robustas espaldas que las tuyas; pues dámele acá, que yo le pasaré de las tuyas á otros que lo lleven. ¿Adónde, Señor? Pasaréle á las de tu hijo. ¿Quién es ese? preguntó Cristo á los fariseos una vez; decidme, ¿cuyo hijo es Cristo? Dijéronle de David, porque, *De fructu ventris tui ponam super sedem tuam*; Del fruto de tu vientre haré que haya uno que reine en tu casa para siempre. Donde de paso es de notar que dice «del fruto de tu vientre», como quiera que eso es propio de la mujer, concebir en el vientre, y no del varón. Pero quiso dar á entender que Cristo no había de tener pa-

dre, sino madre sola, de la sangre y casta de David, que le concibiese en sus entrañas. De manera que el hijo de David era Cristo, y por esto le llamaban Jesus, hijo de David. Pues dice: «Dios ha traspasado tu pecado á las espaldas de su hijo Cristo.» ¿Cómo? Que tu hijo morirá. ¿Por qué? *Mortuus est propter delicta nostra*, dice san Pablo; Murió por nuestros pecados, como ya hemos dicho. Y por esto creo, cuando san Mateo tomó la pluma para escribir la decendencia y linaje de Cristo, comenzó: «Libro de la generacion de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham,» que puso primero que era hijo de David, con ser mucho mas antiguo Abraham, y estarle hecha mucho antes la promesa de Cristo que á David. Y esto, porque como la total razon de su venida era á quitar los pecados y tomillos á cuestras, y de David se leen pecados, y no de Abraham, y á David le dijeron: El Señor ha pasado ó traspasado tu pecado; parece que quiso el Evangelista, ó el Espíritu Santo por él, dar ese alegon al mundo, como quien les dice: «Ya es venido el que prometió de tomar á cuestras el pecado de David,» y por consiguiente el de todo el mundo. Y barruntó que cuando los que á Cristo le demandaban socorro y misericordia le llamaban «hijo de David», puesto que ellos no tan en particular cayesen en esta cuenta; empero el Espíritu Santo, que les movía las lenguas, esto pretendía; como quien le pide que cumpla su palabra y comience á tomar pecados ajenos á cuestras. Bien sé que los santos doctores dan otras muchas razones por que san Mateo puso primero á Cristo por hijo de David que de Abraham, y todas son muy buenas; pero quiero yo poner una imaginacion mia, que si no me engaña lo que á muchos, que los ciega el amor de sus propios hijos, que son sus obras, y les parecen mas hermosos que los hijos ajenos; podria ser que fuese la que mas se allega á razon, y es esta: aunque á muchos reveló Dios el remedio de los hombres y de su pecado, y aun al mismo Adán allá en el paraíso, cuando viendo á Eva dijo: *Hoc nunc os ex ossibus meis, etc.*; Este es hueso que ha salido de los míos, y carne que se ha formado de la mia. Y sale san Pablo y contrapuntéalo, diciendo: «Este es un gran sacramento y muy escondido;» pero yo lo entiendo de Cristo y de su Iglesia, y allí le reveló á Adán la encarnacion del Hijo de Dios, y tambien á otros muchos santos antiguos; pero á los que mas claramente y mas en particular les hizo la promesa fueron á Abraham y David. Hubo entre estos dos una diferencia, y es, que á Abraham le prometió á su Hijo antes que se circuncidase, como lo dice en el capítulo 17 del *Génesis*, adonde le promete de darle hijo á quien ha de bendecir, y que en el que llama allí *semen* han de ser multiplicados los pueblos y gentes. Y donde quiera que está esta palabra *semen* la entiende san Pablo de Cristo. Esta promesa se la confirmó despues en el capítulo 22 del *Génesis*, cuando quiso sacrificar á su hijo. Pero al fin en el prepucio, esto es, antes que se circuncidase, le hizo la promesa, y en señal que le tendrá la palabra, le dió la circuncision, que se hacia solo en el pueblo de

los judíos. A David la promesa se le hizo siendo circuncidado. Sale agora el Apóstol, y dice: Digo que «Jesucristo fué ministro de la circuncision»; esto es, vino por apóstol, por doctor, por ministro de la gente circuncidada; que es decir mas claro lo que respondió Cristo á los discípulos cuando le rogaban por la Cananea: «No soy enviado yo por mi persona á predicar ni hacer milagros, sino á los judíos;» que es lo que por otras palabras dijo san Juan: *Salus ex Judaeis est*; La salud (esto es, la redencion) es de los judíos, porque á ellos se prometió. Dice mas: Digo que Cristo fué ministro de la circuncision, y esto por la verdad de Dios, para sacalle verdadero en sus promesas, pues así lo había prometido; para confirmar las promesas hechas á los padres, que en particular habemos dicho que fueron á Abraham y á David. Y digo que las gentes, que es la gentilidad, que honren á Dios por la misericordia que con ellos ha usado. De suerte que es de ponderar mucho lo que aquí da á entender san Pablo, que dice que los gentiles honren y dén gloria á Dios porque usó de misericordia con ellos en darles parte de su redencion; mas el venir á los judíos y el ser ministro suyo por su misma persona, no lo llama *misericordia*, ni dice que alaben á Dios por ello. La razon desto es, porque venir á los judíos fué justicia, pero admitir á los gentiles fué misericordia. Cierto está que si el Rey prometiese que daría la encomienda de Segura al que en una justa hiciese mejor golpe, y la corriese mejor Pedro, que el cumplir el Rey su palabra no era liberalidad, sino justicia. El prometer la encomienda por cosa tan poca fué liberalidad; pero el cumplillo y dallas, esto ya fué justicia. Así digo en nuestro propósito; el prometer Dios de venir por su misma persona á predicar á los judíos y á ser Hijo suyo, esto misericordia fué; pero el cumplirlo despues de prometido fué justicia. Y san Pablo en este lugar habla de la venida, y no de la promesa; y así, no trata de que alaben ni dén honra á Dios por ello, aunque se le debe por eso y por todo. Mas, como el enviar los apóstoles á la gentilidad y quererlos llamar á su Iglesia fué mera misericordia, y no tenían promesa particular hecha á alguna cabeza suya; mándales que engrandezcan y honren á quien tan gran misericordia usó con ellos. Y esta es la razon por que cuando san Pedro fué á enseñar á Cornelio la fe, el cual era gentil, habiendo ido algunos de los judíos ya fieles y convertidos á acompañarle, dice en los *Hechos de los apóstoles* que estando predicando san Pedro, y oyéndole los gentiles que se hallaron con Cornelio con gran atencion, cayó de repente sobre ellos el Espíritu Santo, y los fieles circuncidados dice que se espantaron de ver que la gracia de Dios se comunicaba tambien en las otras naciones, porque les oian hablar diversas lenguas y magnificar á Dios. Parecíales á estos que Dios no había venido ni muerto sino para solos ellos, y esta es la cuestion de san Pablo y la larga disputa que tiene escribiendo á los romanos: «¿Por ventura (dice) es Dios solamente Dios de los judíos? No por cierto, que tambien lo es de los gentiles.» Hora pues ya tenemos que

á Abraham se le hizo la promesa antes que se circuncidase, y á David despues de circuncidado; tenemos tambien que á los gentiles ninguna promesa se les había hecho, y que Cristo vino particularmente á los judíos, y como de recudida, á los gentiles. Hay dos pueblos, el uno circuncidado, que es el de Israel; el otro no circuncidado, que es el de los gentiles: dos padres ó cabezas hay de la promesa, Abraham y David. A Abraham se le hizo en el prepucio; ¿por qué? Eso os lo dirá san Pablo. «Nuestro Abraham, decidme, ¿en qué fué justificado? ¿En la circuncision ó en el prepucio? Esto es, ¿cuándo lo admitieron por justo, antes ó despues de la circuncision? Antes, porque fuese padre de los que habían de creer sin circuncidarse, que es el pueblo gentilicio; y pues estos fueron los postreros llamados, y Abraham fué su padre, no se nombre primero en el linaje del Redentor. Y pues vino primero para la gente circuncidada, y á David se le hizo la promesa en la circuncision, póngase primero y diga san Mateo: «Libro de la genealogia de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham;» porque, pues san Mateo escribía su Evangelio en hebreo y para los hebreos, viesen en cabeza de linaje á aquel que, circuncidado como ellos, había recibido la promesa de Cristo. Y aun entiendo que no estaria mal dicho que por esto solo se llama el Redentor «hijo de David», y jamás de Abraham.

§. XXXV.

Volviendo pues á nuestro propósito, discretísima estuvo la Madalena en llegar por las espaldas del Redentor, y no por el rostro. Como si dijera: Yo, Señor, vengo con una pesada carga de pecados, no puedo con ellos, y pesan infinito; veislos aquí, Señor, que los cargo sobre vuestras espaldas; llevadlos vos, y descargaréisme á mí. Oh alma, llegad vos tambien, y arrojad allí vuestra gran carga; ponéos á las espaldas de vuestro buen Jesús, y allí conoceréis lo que son vuestros pecados; mirad aquellas espaldas azotadas y abiertas por vuestras maldades, mirad los azotes que allí se descargaron por lo que vos debíades: *Et fui flagellatus tota die, et castigatio mea in matulinis*; Azotáronme (dice aquel mansísimo cordero) todo el día, y castigábanme desde el amanecer. Y si quereis, alma, saber qué tantos azotes fueron, mirad lo que dice David: *Multa flagella peccatoris*; Muchos azotes le darán al pecador. Y pues tomó la voz de todos los pecadores, ha de llevar los azotes de todos los pecadores. Y por eso andaba siempre aparejado á disciplina; como cuando un religioso comete una culpa, que le manda el prelado aparejarse á disciplina, desnuda las espaldas, á do la recibe. Y esta dicen los hebreos que era ceremonia entre ellos, cuando hacian penitencia, andar así y ir delante de Dios, como quien se muestra aparejado para recibir los azotes y el castigo que merece, si el Señor se lo quisiere dar. Y por esto dice: *Quoniam ego in flagella paratus sum*; Yo siempre ando aparejado á disciplina. Y así era menester que anduviese quien tantos azotes y por tantos culpados había de llevar. Porque, *Disci-*

plina pacis nostrae super eum, et livore ejus sanati sumus; La disciplina de nuestra paz sobre él, y con sus llagas y hinchazon y sangre sanamos. Dijo galanamente Isaías: «La disciplina de nuestra paz sobre él. Cuando el padre está enojado con el hijuelo, azótalo, y los azotes son los que hacen las amistades, y parece que el muchacho queda contento con que ya ha pagado á su padre el enojo que le habia hecho, y han hecho las paces. Así, dice: «Los azotes que hicieron nuestras paces con el padre, cayeron sobre él.» Que san Pablo lo dijo mas en romance: «Plugo (dice) al Padre hacer un perdon general, y reconciliar á sí todas las cosas, pacificando por su sangre y cruz al cielo con la tierra, y á Dios con los hombres.

§. XXXVI.

Et stans retro secus pedes ejus, lacrymis coepit rigare, etc. Veis aquí, señores, dónde se descubre un vehemente dolor que esta mujer llevaba de sus pecados. En pié estaba, y mujer era de buen cuerpo; y con todo eso, fueron tantas las lágrimas, que bastaron á regar su pecho y ropa en que caían, y á correr y llegar á los piés del Redentor. ¡Oh dolor incomparable, el que esta penitente padecía! ¡oh fuego poderoso, el que le derretia el pecho, que le hacia salir el corazón deshecho por los ojos! Dice san Gregorio: «Cuando yo considero la penitencia de María Magdalena, la lengua se me entumedece, las palabras se me atajan, el alma me desmaya; solos los ojos se hacen fuentes.» ¡Oh prodigio jamás oído! ¡Oh cosa nunca vista! ¿Quién tal creyera? Visto hemos muchas veces el cielo regar la tierra; pero ¿quién jamás oyó que la tierra riegue el cielo? Aquel que pisa el cielo, que se pasea por sobre las estrellas, ¿es llovido y regado con lágrimas de una pecadora? *Magna est velut mare contritio tua: quis medebitur tui*; Tan grande es el mar de tus ojos como el del Océano. Oh María, ¿quién te consolará? ¿Cómo recibirás consuelo en medio de tanto dolor? ¿Quién curará tu llaga y remediará tu llanto, desconsolada mujer? Oh alma mia, acompañad vos á María, y llorad mas que ella, pues son mas vuestros pecados que los suyos; llegad á aquellas espaldas del Hijo de Dios, haced escudo dellas contra la ira del Padre; que bien sabéis que si el esclavo ha ofendido á su señor, y le ve airado, acógesse á las espaldas del hijo y escúdase con ellas, porque el padre no ejecute el golpe, viendo á su hijo delante y puesto de por medio! Oh, qué buen escudo vuestro Cristo en una cruz! Atravesadle entre Dios y vos, y escondéos tras de sus espaldas; que no será posible que cuando el Padre vea al Hijo en medio, los brazos extendidos hácia su Padre, y que os ampara, que no detenga la mano para no castigaros. No se contenta con esto María, mas derruécase á los piés del Redentor, y ásele con ellos, comiéndolos á lavar con lágrimas y á limpiar con sus cabellos, y á besarlos y ungrlos. Decía en su corazón, porque tenia ahogadas las palabras en el pecho: ¡Oh piés sagrados, que venistes del cielo por buscarme! ¿quién me dará que muera

aquí asida con vosotros? ¡Oh piés enlodados y cansados en mi remedio! ¿cuántos pasos habeis dado en mi busca, y yo, desventurada, huyendo de vosotros por no ser hallada? Piés de mi remedio, y ¿será posible que me querréis perdonar? Piés divinos, ¿que os habeis de ver enclavados por mí, y es verdad que os tengo entre mis manos, y que lo sufris y que me esperais? ¿Qué no huis de tan abominable monstruo como teneis delante? ¡Oh Maestro dulcísimo! ya me veo á tus piés; hé aquí la esclava huida que tanto tiempo buseaste; véngate, oh buen Señor, en esta malvada mujer. Pequé, Señor, y son mas mis pecados que las arenas del mar; no soy digna de mirar al cielo, por la muchedumbre de mis maldades: *Putruerunt, et corruptae sunt cicatrices meae, à facie insipientiae meae*; Mis llagas se han podrido, y se corrompieron con mis torpezas, y yo, siempre desventurada y necia, mas y mas pecando. Miserable soy tornada, y el peso de mis maldades me trae quebrantada, si tú, poderoso Señor, no me descargas. «¿Adónde están, Señor, tus antiguas misericordias?» Adónde aquel piélago de clemencia de que antiguamente usabas? *Numquid oblivisceris misereri Deus? Aut continebis in ira tua misericordias tuas?* ¿Por ventura, Dios mio, se te ha olvidado el oficio de hacer misericordias, y la detendrá tu ira para que no llegue tu clemencia hasta esta pecadora? Soylo, Señor: bien lo sabes tú, y bien lo sé yo. Pero pecador era el que te llamaba y decía: «Dios, sey propicio á este pecador.» Pues tú por tu sagrada boca dijiste que fué oído y quedó justificado; óyeme á mí, que tambien te llamo, y justíficame con tu gracia. Tú, oh buen Jesús, nos enseñaste á orar y decir: «Perdónanos, Señor, nuestras deudas.» Pues ¿será posible que, teniendo á tus piés la deudora que te demanda perdon, no la querrás oír ni perdonar? Al de los diez mil talentos perdonaste toda la deuda por solo que te lo rogó, perdona pues, oh dulce Jesús, á esta gran pecadora, que prostrada á tus piés te lo suplica. No puedes negar, Dios mio, lo que te suplico. Tu voluntad es la que deseo; que me justifique te pido: *Et haec est voluntas Dei, sanctificatio nostra*; La voluntad de Dios es nuestra justificación. Tú dices que veniste á hacer la voluntad de Dios; pues cumple, Señor, con su voluntad y con tu oficio. No te pido, buen Jesús, sino tu deleite; este dices que es estar con los hijos de los hombres; pues tenme siempre contigo, y estáte, Señor, conmigo, para que tu regalo dure mas tiempo. ¡Oh inestimable misericordia! Oh inefable caridad! Oh amor suavísimo! mira que eres ajeno, mira que eres esclavo de tu misericordia, y como á tal te trata. El señorío del dueño sobre su esclavo es para bien; y mal tratalle para ahorcalle, para atormentalle y para quitalle la vida. Díme pues, Señor benignísimo, ¿quién te ha de atar sino tu misericordia? Quién te ha de poner en una cruz? Quién te ha de derramar la sangre y quitar la vida, sino esta gracia santa de tu misericordia, que tiene entero mando en tí? *Propter nimiam charitatem suam, quæ dilexit nos Deus, cum essemus mortui pec-*

catís, convivificavit nos in Christo; Por aquel exceso de caridad que nos tienes y con que nos amas, quisiste antes morir que dejarnos perder. Pues muévate, Señor, esa misma á que me perdones á mí, como te mueve á morir por mí. Dado te me ha tu Padre, mio eres ya; pues dame lo que es mio, y dátame á tí, que eres todo mio. Díerontenos por medicina para nuestra salvacion, por sacrificio para nuestra reconciliacion, por sacramento para nuestra santificación, por amparo para nuestra defension, por abogado para nuestra alegacion, por precio para nuestra redencion, por premio para nuestra glorificación; pues si eres medicina, sana esta tu enferma; si eres nuestro sacrificio reconcíliame con tu padre; si eres nuestro sacramento, santíficame y seré santa; si eres nuestro amparo, defiéndeme de mis enemigos y de mí misma; si eres nuestro abogado, alega en mi favor delante de tu Padre, porque no venzan mis enemigos y sea yo confundida; si eres nuestro precio, paga mis deudas, porque no sea yo entregada en la cárcel perpetua del infierno; y si eres nuestro premio, dame tú el mérito, para que merezca la gloria del gozarte. Mira, Señor de las misericordias, que si tú no quitas mis miserias, por demás habrás aparejado en buscar á esta pecadora. Pues, *Quae utilitas in sanguine meo, dum descendo in corruptionem?* ¿Qué provecho te viene á tí, Señor, de mi sangre y de que yo baje al abismo del infierno? *Quoniam non infernus confitebitur tibi, neque mors laudabit te, neque omnes qui descendunt in lacum*; No te confesará el infierno ni te alabará la muerte, ni los que decienden en el espantoso lago del abismo. Antes, Señor, *Vivens, vivens confitebitur tibi, sicut et ego hodie*; Los vivos, los vivos, Señor, son los que te alabarán, como yo lo haré agora; y de los pecadores sacarás, Dios mio, tu alabanza; que poca le viene al médico de la salud de los sanos, sino de la cura de los enfermos. ¡Oh fuente de misericordia! lava mis miserias; no consentas, Señor, que se pierda la que se acoge al amparo de tu sombra. Allá á Rut, que se acogió al tabernáculo de Booz, con ir harta y bien cenada, la recibió por su esposa. Pues mira, regalo de mi alma, que es uno de tus abuelos; no me deseches á mí, que, hambrienta de tu gracia, he huido al sagrario de tu misericordia. No quiero yo, hermosura de los ángeles, resplandor de la gloria, que me recibas por esposa, como á Rut, mas solo que me admitas por esclava, como á Agar. ¿Qué bien te vendrá á tí, oh espejo de los santos, de dejarme abrasar en los infiernos? ¿Tú no aborreces tanto el pecado, que darás la vida y morirás por matallo? Pues quita, Señor, y mata los mios, y no verás lo que tanto ofende á tus ojos. ¡Oh socorro único desta alma desamparada! socórreme, pues te llamo; deten la corrida que lleva, con que me voy á despeñar en el fuego del infierno. Deten, deten, Señor, la furia de mis pecados; manda á la tempestad que cese y á los vientos que no soplen, y di á las ondas de mi perdicion que estén quedas, y luego se hará gran bonanza en mi alma. Ayer, oh vida de los hombres, dijiste á los que llevaban las andas de aquel mozo

difunto que se detuviesen, y se pararon, y le resucitaste. Manda pues agora á mis vicios, que me llevan á la sepultura del infierno, que se detengan, y lo harán; y da, Rey mio, un grito á mi alma, y se levantará de la ataud de mis pecados. ¿Qué te haré, solo descanso mio? ¿Cómo te podré mover á misericordia, sino mostrándote mi miseria? Héme aquí rendida, piadoso Juez mio; hé aquí tu enemiga, que se te entra por las puertas de tu clemencia; hé aquí la que te ha hecho guerra, la que te ha derrocado mil almas en el infierno. Yo, ingrata, mala, desconocida, yéndome por los anchos prados del pecado, corria á rienda suelta tras mis contentos, como caballo sin freno, sin curar de que me llamabas y que ibas en pos de mí, y yo huyendo siempre de tí. ¡Oh cuántos dias y meses y años me he revolcado en mis torpezas, contenta con el cieno de mis viles y asquerosos deleites! ¡Cuántas veces comia y me deseaba hartar del manjar que comían los puercos, que son los demonios, hecha mucho peor que el hijo pródigo. Y lo peor es, que allí estaba yo muy contenta. ¡Dejé tu casa y compañía, oh hermosura eterna, dejé la conversacion de los ángeles, apartéme de tu gracia, perdí el regalo que gozan tus hijos; y siéndolo yo tuya, no mirando á tí, que eras mi padre, ni á lo que que á mi sangre y linaje debia, como vil y mala ramera, y adúltera del demonio, te afrenté á tí, oh Padre bonísimo, injurié á mis hermanos los ángeles, destruime á mí y perdíte á tí. Confíesome, oh solo descanso mio, y descúbrote yo todas mis llagas, para que tú me apliques la medicina. Delante de tí me acuso, Señor Dios mio, y no lo callaré, mas diré mis flaquezas en tus oídos; quizá tendrás por bien de haber lástima de mí. Y lo que ante tí digo, Señor Dios, es afrenta mia grandísima; mas diréla para gloria tuya: cegada me ha tenido mi enemigo hasta agora, que ni te conocia á tí ni me via á mí. Verdaderamente cuando el demonio engañó á nuestros padres, aunque les mintió en parte, pero creo que no en todo: «Serán, les dijo, vuestros ojos abiertos si coméis de la fruta vedada.» Cierto es que abiertos tenían los ojos, bien se vian á sí mismos y á la serpiente y á cuanto estaba en el paraíso. Tampoco eran nuestros padres tan ignorantes, que no entendiesen que el demonio no podia hablar de los ojos corporales, pues los tenían abiertos. Y grandísima verdad les dijo, aunque no en el sentido que ellos lo entendieron. ¡Oh, qué ciego está un hombre en algunas cosas antes del pecado! ¡Qué léjos de saber mal alguno! No ve infierno, no se acuerda que hay fuego allá; no teme pena, porque no tiene culpa; no ve que hay juez, porque solo conoce padre; nada le espanta, no ve el pecado, no sabe que hay deleite; anda seguro y confiado. Solo mira al cielo, solo ve la gloria de los bienaventurados, solo conoce á su Padre celestial, que le regala y le trata como á hijo. Con él habla, en él piensa, á él ama, para aquello tiene ojos de linca; ciego al mundo, no ve las vidas ajenas, no juzga de nadie; á todos ama, de todos dice bien; todo cuanto ve le parece bueno, todo se le torna luz; así como el que ha mirado al sol, que

donde quiera que vuelve los ojos le parece que ve soles, así también el bueno, que tiene hechos los ojos á la luz en que andan y viven los hijos de Dios, todo lo que miran se les hace luz; y metidos dentro de las tinieblas deste mundo, como tienen los ojos encandilados con el resplandor de la virtud, no ven nada de lo que hay acá. Y por esto los pecadores y los hijos de las tinieblas les engañan; como cuando algunos están en una pieza no muy clara, que ven cuanto está dentro, y dan con los dedos en los ojos al que viene del sol, y no los ve. Y por eso, Señor, dijiste por san Lucas: *Prudentiores sunt filii hujus saeculi filiis lucis in generatione sua*; Mas prudentes, mas astutos, mas diestros son para sus negocios los hijos deste siglo que los de la luz. Porque, como no ven nada en lo oscuro de los tratos y negocios mundanos, fácilmente los engañan los malos, que tienen hechos los ojos á las tinieblas del mundo. Así que, aunque tienen ojos, como los tenía Adán, solo los tienen para lo bueno. Mas si tu gracia los desampara alguna vez, si tú escondes la luz de tu rostro, y los dejas de la mano, ¡oh, cómo se les abren entonces, y qué de cosas ven que no vian! Ya ven infierno, ya los cañenta aquel espantoso fuego, ya los espanta la pena, porque se ven con la culpa; ya ven el juez airado, que les amenaza. Todo les espanta; ya ven el pecado, ya conocen el mal que les trujo su deleite; andan medrosos, desconfiados, de todo se temen. ¡Oh, qué de cosas se les descubren á la hora, que antes no las vian y les estaban escondidas! Luego verdad les dijo en esta parte aquel padre de mentiras, que se les abrieron los ojos, y sabrían el bien que perdieron y el mal que ganaron; y de aquí tomó origen el refran que decimos: «Que el bien no es conocido hasta que es perdido.» Esto, Dios mio, sólo yo de experiencia y muy á costa mia. Amábase otro tiempo mi alma, en tí tenía todo regalo y contento, á tí solo te deseaba; tú eras la fuente de su vida, sin tí ni tenía bien ni le quería, en tí gastaba sus pensamientos, contigo tenía sus ratos y pasaba sus conversaciones. No sabia entonces de mal, y porque «un contrario se conoce por su contrario», apenas tampoco conocia este mi bien que tenía, y de que entonces gozaba. Pequé (¡ay desventurada de mí!) abríronseme los ojos, comencé á perder de vista esta mi gloria, descubrí mi perdición, vi mi caída en un infierno, apartada de tí, Dios mio, y hecha esclava de mis pecados. Entonces comencé á ver lo que antes no via; parecíame el vicio digno de ser amado; las tinieblas se me antojaban luz; amaba yo, cuitada, lo que habia de aborrecer; moría por alcanzar lo que me mataba. Ya el cielo me parecia feo, y el sol sin hermosura; solo me agradaban las criaturas y me deleitaban las cosas de la tierra. La hermosura me parecia que estaba en el cieno de mis torpezas y abominables pecados, y esta sola buscaba, y dejábase á tí, belleza infinita. Comia y bebía de la fuente de los deleites humanos, y parecíale á esta mala sierva tuya que no habia otra gloria que se pudiese desear. Envolvíame mas y mas, y enredábame en la liga de mis maldades, y para mi

mal tenia ojos de linco. Al fin, en medio de mi perdición, contenta con mi daño, me espantaba cómo antes no habia caído en la cuenta de aquella felicidad ponzoñosa, de que entonces gozaba; y pesábame grandemente por el tiempo que sin ella habia pasado. Pues ¿qué hacías tú, oh bien de mi alma, al tiempo que esta perdida oveja tuya andaba paciendo la mala yerba en los ejidos del demonio, y cuando bebía las turbias aguas del rio de la muerte? Dábasme voces, oh buen pastor mio, y decías: *Quid tibi vis in via Aegypti, ut bibas aquam turbidam? Et quid tibi cum via Assyriorum, ut bibas aquam fluminis?* ¿Qué buscas, alma perdida, camino de Egipto? ¿Dónde vas, que beben de balsas y es el agua turbia, que te matará? ¿Qué tienes tú que ver con el camino de los asirios, que tienen malos rios y peores aguas? ¡Oh alma! ¿por qué vas camino de tinieblas? que eso quiere decir *Egipto*; ¿camino donde no hallarás sino angustias? que tambien significa esto. Mira que no hallarás contentos verdaderos, sino aguas turbias y cenagales de pecados. Y ¿por qué te vas por el camino de los asirios, los pecadores, donde no hallarás sino las aguas del Eufrates, que riega á Babilonia, que son los deleites mundanos, con que se aumenta la ciudad de los pecadores? *Onager assuetus in solitudine, in desiderio animae suae attraxit ventum amoris sui: nullus avertet eam*; ¡Oh mas bruta que el asno salvaje torpe, que de lejos huele el aire de sus amores, eso es, de la hembra, y va con impetu, sin haber quien le detenga; así sigues tú tras tus contentos y te vas tras las ocasiones á rienda suelta. *Prohibe pedem tuum à nuditate, et guttur tuum à sili*; Guarda, alma, que el camino es áspero y espinoso, y llevas desnudas las plantas. Vuelve, vuelve á mí; no te me vayas, que te ahogará de sed. Así me dabas grandes voces y me llamabas, Dios mio, Rey mio, misericordia mia; mas yo, cuitada, no curaba de responderte, alejándome siempre mas de tí. Tú, amador de mi alma, no cansado por eso, me rogabas: *Revertere, virgo Israel, revertere ad civitates tuas istas. Usquequò delictis dissolveris, filia vaga? Quia creavit Dominus novum super terram: femina circumdabit virum*; Vuelve, vuelve, hija de Israel, vuelve á tus ciudades, hija del fuerte, del que ve á Dios; mira que son tuyas y para tí; vuélvete á Jerusalem la celestial, á la ciudad del cielo, á tus vecinos los ángeles, que solian ser; mira, alma, que te desean, que te llaman, que te ruegan, que te esperan. «¿Hasta cuándo te irás tras los deleites, hija vagabunda? Pues el Señor hará una cosa nueva jamás oída, que una hembra cerque á un varon.» Hé aquí, Dios mio, hé aquí tu misericordia, que aun en medio de mi olvido y de tu ofensa, me llamaba y me despertaba; pues ya por tu sola bondad me vuelvo á buscarte. Ya se cumple esta novedad que dices. Cosa nueva por cierto, pues las mujeres son las servidas, las requeridas; los varones son los que las sirven, las festejan, las requieren y dan vueltas, y los que les pasean la calle y les rondan la casa; cosa nueva sería que la mujer recuestase al hombre, lo requiriese y le ruase la calle;

que esto es «cercar la mujer al varon». Pues, ¡oh varon perfetísimo! tú, que por mí te hiciste hombre, hé aquí cumplida esta novedad. Yo soy la mujer que te busco, yo la que te requiero, te rondo la casa de Simon, te cerco y abrazo los piés porque no te me vayas; no me deseches de tu presencia, Señor; déjame morir aquí á tus piés, para que encamine los míos *in viam pacis*.

§. XXXVII.

Lavaba Madalena los piés del Redentor con sus lágrimas, alimpiábalos con los cabellos, besábalos y ungiálos, y en todo este tiempo no se oía palabra de su boca, solo se derrite en fuego de amor; y así como un leño verde puesto al fuego, en calentándole por esta parte comienza á destilar el humor que tiene por la otra; así, en calentando el amor divino aquel corazón verde y mundano de la Madalena, comienza á salir el humor por sus ojos en tanta abundancia, que *Stans retrò secus pedes, etc.*; que aun estando en pié bastó para regar los del Redentor. Y es de suerte que, desmayada de amor, da consigo á los piés del Redentor. Pues María, ¿todo ha de ser llorar? ¿No hablaríades algo? No diríades alguna palabra? Calla María, y solo hablan los ojos y el corazón. Pues vos, Redentor de la vida, ¿no le diríades algo? Mirá que esa triste mujer se convertirá en fuente, como otra Biblis ó Aretusa. Mirá, Señor, que aquellas lágrimas ya no son de agua, sino de fuego; mirá que es el humor vital que sale por los ojos, y deben de salir á vueltas dél las entrañas derretidas con el fuego de amor que le abrasa el pecho. ¿Queréis, buen Dios, que se le acabe la vida y se despida el alma de su cuerpo antes que vos la despidáis de vuestros piés?

§. XXXVIII.

¡Oh lágrimas derramadas por Dios, y cuánto valeis y cuánto podeis y cuánto acabáis! Acabáis cosas que al parecer humano son imposibles. Es el agua de la piscina, que sanaba de todas las enfermedades. Mas aquella de Jerusalem sanaba á uno solo; vosotros sanais á cuantos lloran como deben. ¿Quién dió la salud á María sino el baño que hizo de vosotras, con que lavó los piés de Cristo y desenlodó los lodos de su conciencia? ¿Quién vió salir de Jerusalem al pueblo de los judíos? ¿Quién vió llevar á Babilonia los pocos que habian quedado vivos y escapado de las llamas que abrasaron aquel famoso templo y soberbias torres, y suntuosas casas de aquella miserable ciudad, ejemplo del furor y saña del airado Dios del cielo? Iban atadas las manos blandas de las doncellas tiernas, hinchadas con los ásperos y apretados nudos de los cordeles, descalzos los delicados piés, regando con la roja sangre el suelo y senda que guiaba á Babilonia; los inocentes niños, asidos á las ropas y faldas de las desventuradas madres, eran compelidos á seguir los largos pasos del crudo vencedor y á quedar tendidos en aquellos campos para ser comidos de las fieras y de los perros; los viejos ancianos, reservados por algun hado cruel para ver tan desastrados casos,

iban atadas las sagradas gargantas, ahogados del dolor, dando mortales suspiros; quedaban degollados los mas valientes y toda la flor y fuerza de su ejército, y los sacerdotes muertos; porque en medio de las sagradas víctimas que ofrecían á Dios en su santo templo, llegando á deshora el bárbaro enemigo, no respetando al cielo ni á las venerables canas, ni á las consagradas estolas con que estaban adornados, los degollaban entre los sacrificios, y salía la sangre junta á mezclarse con la de los novillos que sacrificaban por aplacar la gran majestad de Dios airado. Iban pues cautivos aquellos desdichados; y puesto que con el miedo que llevaban no osaban hablar palabra, porque ni aun para quejarse se les daba licencia, á lo menos los ojos, que, como tan libres, no podían ser impedidos, hacían su oficio derramando lágrimas, y regando con ellas los caminos y campos por donde pasaban. Dice la Escritura sagrada que iban y lloraban, y sembraban su semilla. Y llama *semilla* á las lágrimas; de suerte que iban sembrando lágrimas, que verlos quebraban el corazón. Eran la semilla del infinito gozo que habian de coger del cautiverio: *Venientes autem venient cum exultatione*, dice el salmo. Es verdad que iban llorando y sembrando lágrimas, pero volverán con gozo y regocijo, trayendo los manojos que habrán nacido de las lágrimas que sembraron. Y porque dos salmos nos dicen así la cautividad y lágrimas que derramaron y sembraron, como tambien la vuelta alegre, y el grande y copioso fruto que dellas cogieron, quiero ponellos aquí entrambos, primero el que habla de su cautiverio y de la destruición de su ciudad y templo, y después el que pinta la vuelta que hicieron cuando, por mandamiento de Ciro y Darío, volvieron á reedificar el templo de Dios, y á poblar y habitar otra vez la ciudad solada. Dice pues así el primero:

SALMO CXXXVI.

Super flumina Babilonis.

Ya de Asia la cabeza,
Señora de las gentes,
Del gran Dios de Israel sacra morada;
Deshecha pieza á pieza,
Muertos los mas valientes,
Pasados por los filos de la espada;
Quedaba derrocada,
Sus torres por el suelo;
Y sus soberbias casas
Ardiendo en vivas brasas,
Subía el humo y llamas hasta el cielo,
Y las tiernas doncellas
Con su llanto apagaban parte dellas.

Las madres miserables,
Pasadas de mil hierros,
Con sus dulces hijuelos abrazadas,
Aquellos intratables
En presa de sus perros
Las daban, adonde eran sepultadas.
Las damas regaladas,
El blanco pié por tierra,
De su sangre esmaltado,

Iban como ganado,
Siguiendo al vencedor por valle ó sierra;
El brocado y arreo
Trocado en un cilicio negro y feo.

El bárbaro enemigo,
Con un crudo semblante,
Lleva puesta la espada á sus gargantas;
No reconoce amigo;
Los viejos van delante,
Atadas en prision las manos santas;
Y desnudas las plantas,
Llagadas con abrojos,
Caminaban cautivos
Los que quedaron vivos,
Regando con las fuentes de sus ojos
El áspera carrera
Que guía á Babilonia y su ribera.

Mas, ya que se apartaban
De su ciudad sagrada
Para no poder mas tornar á vella,
Los llantos renovaban,
Viéndola despoblada,
Desnuda de su gloria antigua y bella;
Y vuelto el rostro á ella,
Levantados los ojos,
Suspenso el sentimiento,
Robado el pensamiento,
Con el mortal dolor de sus enojos,
Ya que se despidian,
Con voz ronca y mortal así decian:

«¡Oh patria lagrimosa!
Oh templo sacrosanto,
Del espantoso Dios alta morada!
¿Qué's de la vitoriosa
Mano que pudo tanto,
Domando mil naciones á tu espada?
Agora derrocada
Te vemos por el suelo,
Y tus soberbias puertas
En negro carbon vueltas;
Castigo del airado Dios del cielo.
¡Oh madre Sion triste!
Cautivos van los hijos que pariste.

«Adios, monte de gloria,
Adios, templo sagrado,
Adios, Jerusalem, sola, desierta;
«Olvida la memoria
Del contento pasado,
Y ya de hoy mas al bien cierra la puerta;
«Y pues es cosa cierta
Que nuestros tristes ojos
No volverán á verte,
Adios, hasta la muerte;
Que el enemigo apaña los despojos,
«Y manda que partamos
A Babilonia, á do sin tí muramos.

«De léjos descubrimos
En un llano espacioso
A la gran Babilonia levantada;
«Sus altos muros vimos,
Y el alcázar costoso
Do yace Semiramis sepultada;
«De torres rodeada,
Que amenazan al cielo,
Y del Eufrates ceñida,

De quien es defendida,
Que con sus aguas riega el fértil suelo;
«Y vimos la ribera,
Cual la pinta la dulce primavera.

«Cansados del camino,
Sobre la alta corriente
Con un ansia mortal nos asentamos;
«Llorando el hado indino
De nuestro suelo y gente,
De tí, madre Sion, nos acordamos,
«Y al alto cielo alzamos
Los ojos á miralle;
Mas ¡ay! que al fin no era
Aquella la ribera,
Ni aquel el sol ni cielo, sierra ó valle,
«Ni aquel el claro día
Que en tí, Jerusalem, resplandecia.

«Las arpas y vihuela,
Los instrumentos santos
A tu gran majestad, Dios, consagrados;
«¿Quién hay que no se duela?
Pues que con nuestros llantos
Están del sentimiento destemplados,
«Y en los sauces colgados,
Oyendo nuestros pechos
Otra música, llena
De lágrimas y pena,
Con instrumentos de los ojos hechos,
«Y las voces que suenan,
Sospiros son que á Babilonia atruenan.

«A mirarnos salian
Los bárbaros paganos,
Y burlando de nuestra dura suerte,
«Palabras nos decian
Los fieros inhumanos
Mucho mas dolorosas que la muerte:
«—Cantadnos de la suerte
Que en Sion la famosa
Cantábades canciones
Con acordados sonos,
Ora en salmos, en himnos, verso ó prosa;
«Templad un instrumento,
Y desplegad la voz al blando viento.—

«Bien es hablar al viento
¡Oh gente cruda y fiera!
Pedir á un lastimado alegre cara.
«No da un triste contento,
Mal cantará el que fuera
Mejor que vida y alma le dejara.
«Y pues la suerte avara
Nos trujo á tierra ajena,
¿Cómo podrá la lengua,
Cantar, sin hacer mengua,
Cantares del Señor? ¡Ay dura pena!
«Dejadnos llorar tanto,
Que se acabe la vida con el llanto.»

Muera yo en triste llanto,
Y mi mano me olvide,
Jerusalem, si acaso te olvidare.
Y si alguna vez canto
Lo que el bárbaro pide,
Mientras que de tí ausente me hallare;
Y si jamas callare
Tu gloria y alabanza,
Mi lengua quede helada

SALMO CXXV.

Quando al Señor del cielo
Le plugo levantarnos el destierro,
Se nos volvió en consuelo
La pena, cárcel, grillos y su hierro.
Y tal fué la alegría
Que nos vino tras tanta desventura,
Que, puesto que se via,
Mas nos pareció sueño que soltura.
El rostro señalaba
La risa que nacia del contento,
Y la lengua cantaba,
Desplegando la voz al blando viento.
Quando volver nos vieron
Los que de nuestro mal fueron testigos,
Espantados dijeron:
«Tratado los ha Dios bien como amigos.
«Con gloria, con grandeza,
Con abundantes bienes, con despojos
Los vuelve á tanta alteza,
Cuanto vieron jamás humanos ojos.»
Decis verdad en esto,
Que el inclito Señor nos ha mirado
Con apacible gesto,
Y en contento el dolor nos ha trocado.
Señor, nuestros cautivos
Vuélvelos como arroyo en seca tierra,
Y suple con los vivos
La mengua de los muertos en la guerra.
Como en la ardiente Libia,
Quando el rojo Leon le abrasa el suelo,
Si el labrador la alivia,
Torciéndole del agua el grato hielo;
Así será templada
La fuerza del dolor del cautiverio,
Si por tí es reparada
Volviéndonos á nuestro antiguo imperio.
Y como cuando mueve
El ábrego lluvioso, que desata
De las sierras la nieve,
Y las nubes condensa, aprieta y ata,
Y las revuelve en lluvia,
Hinchendo los rios, las canales,
Y deja el agua turbia
La señal de sus fuerzas desiguales;
Así tal crecimiento
Nos da, Señor, y fuerzas tan pujantes,
Que este contentamiento
A envidia mueva al que á dolor movió antes.
Renueva Dios agora
La salida que hiciste en el desierto
Del pueblo que te adora,
Y acuérdate, Señor, de aquel concierto.
Y así como rompiste
De un peñasco pelado agua copiosa,
Y en la austral tierra diste
Estanques de agua mas que miel sabrosa;
Así en esta salida
De Babilonia acude y nos consueta,
Y da refresco y vida
Al pueblo que en servirme se desvela;
Porque entonces, volviendo
Con el bien que tu mano rica encierra,
Será volver cogiendo
Lo que sembramos yendo en seca tierra.
Cual labrador que mira
El campo estéril, siembra descontento

Y al paladar pegada,
De tan grave maldad justa venganza;
Pues mal pareceria
Poder tener sin tí bien niallegria.

Y si bien, si alegría
Algun tiempo tuviere,
De quien Jerusalem no tenga parte,
No goce el claro día,
Y el bien que Dios le diere
Le pierda, y se reparta en otra parte.
Véame de tal arte,
Que el airado enemigo
De mi mal se entereza
El día que acaezca
Tener sin tí contento. Sey testigo,
Señor, desto que juro;
Porque esté de cumplillo mas seguro.

Fuerte amparo y seguro,
Defensa valerosa
Del alma, que en servirme á tí se emplea
Pues eres nuestro muro,
Vuelve tu poderosa
Mano á aquel que te ama y te desea;
Y mira que Idumea,
Quando el duro enemigo
Los muros derrocaba,
Era la que llamaba
Con voz horrenda al bárbaro su amigo:
«Derroca los cimientos,
No quede de Sion ni aun fundamentos.»

¡Oh, ciudad miserable,
Babilonia sangrienta!
No tengas otro canto mas sabroso;
Y un caso lamentable
Te pague en igual cuenta
Con castigo que al mundo sea famoso.
¡Oh felice y dichoso
El que, en venganza fiera
Del mal que nos has hecho,
Pasare pecho á pecho
Tu gente con la espada carnícera,
Tus viejos desdichados,
Para morir mil muertes reservados!

¡Oh bienaventurado
Quien tus tiernos hijuelos
De las cuitadas madres arrancare;
Y en alto levantado
El brazo, por los suelos
Sus cerebros en piedras quebrantare;
Y el que no se ablandare
Al llanto y las querellas
De las mas regaladas,
Pasando las espadas
Por las gargantas tiernas, blancas, bellas,
Y el que tus torreados
Muros deje en mil llamas abrasados!

§. XXXIX.

Hé aquí cómo en este salmo se nos pinta la sembrada de lágrimas que hicieron, yendo cautivos, los del pueblo de Dios; veamos agora el regocijo que tuvieron á la vuelta, que fué el fruto de aquella semilla. Dice pues así el salmo: